

“INSENSIBILIDAD EN MEDIO DE LA NECESIDAD”

(Domingo 21 de julio de 2013)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

(No. 509)



“Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo”
(Lucas 10:31-32)

Desde siempre, las noticias en todo el mundo han revelado casos de grande insensibilidad en los seres humanos. El 18 de octubre de 2011 se nos informaba de una niña que fue atropellada por un auto en China. El coche no solo la embistió, sino que le pasó por encima. Ese hecho, por demás lamentable, se agudizó porque la gente pasaba rodeando el cuerpo de la niña y nadie hacía nada por ayudarla; como si lo que estaba allí fuera un muñeco y nada más. Varias personas pasaron a pie y también en otros vehículos pero nadie hizo nada por auxiliarla. Todavía pasó otro camión de carga por encima del cuerpecito haciéndolo pedazos. Todos los comentarios a esa noticia fueron reprobando la insensibilidad de la gente, en este caso, la gente de China.



La Biblia nos narra también una historia que, para mí, ocupa el primer lugar en insensibilidad. El relato bíblico nos transporta a un momento en Israel cuando los ejércitos sirios sitiaron a la ciudad de Samaria. Debió ser un sitio largo, tal vez de muchos meses, pues hubo una terrible escasez de alimentos. No es difícil imaginar que el olor nauseabundo de los desechos y materia fecal inundaba la ciudad. Peste, infección y enfermedades pululaban por las calles. El hambre era terrible. Las personas se sentían presionadas por la situación y el miedo a lo que vendría luego.

En medio de aquella condición, una mujer habla al rey Joram. Sus palabras son para horrorizar a cualquiera: -¡Sálvanos Su majestad! -Si el Señor no te salva -respondió el rey, -¿De dónde voy a sacar yo comida para salvarte?

La conversación era una de las conversaciones normales en esos días. Quejas y reclamos por parte de aquellos que nada podían hacer. Pero algo había sucedido, peor que los reclamos, algo de graves consecuencias. El hambre había calado tanto al cuerpo de la gente que había llegado hasta el alma.

-Esta mujer me propuso que le entregara a mi hijo para que nos lo comiéramos y que mañana nos comeríamos el de ella.

-Terrible comentario el de esta mujer. ¿Su desesperación había sido tan grande que la había cegado? ¿Cómo puede una madre entregar a su hijo? Peor aún... ¿Cómo puede alguien comerse a su hijo? Pero el nivel de inconsciencia había llegado a ser mayor. Su queja no era solo por la propuesta. -Pues bien -le dijo la mujer al rey. -cocinamos a mi hijo y nos lo comimos, pero al día siguiente cuando le pedí que entregara su hijo para que lo comiéramos, resulta que lo había escondido.

-La queja de la mujer no era por lo que había sucedido con su hijo, sino que la otra mujer no quería entregar al suyo.

Nos asombra la insensibilidad de la mujer, pero más aún de su grado de ceguera e inconsciencia que su problema era que la otra no cumplió su parte del trato. No la tragedia que le había ocurrido a su hijo, ni el mal que ella había cometido, sino la falta de honestidad de la otra mujer. El mal y la adversidad a veces cauterizan tanto la conciencia del hombre que lo lleva a realizar actos terribles y lo que es peor, a tomarlos como si nada.

Nuestra generación no está exenta de tal insensibilidad. En los periódicos se nos decía que los habitantes de Cd. Juárez, Chih., durante los años aciagos de la violencia, eran tantas las muertes que ya las veían como algo normal. Quizá la ciudadanía pensaba que nada podía hacer y se justificaba afirmando que era algo que le correspondía resolver a otros, es decir, a las autoridades.



Pero, lo que es más lamentable, es que la insensibilidad llegue al corazón de los cristianos. Que los que son hijos de Dios pierdan la susceptibilidad por las cosas que están pasando alrededor.

En cierta ocasión el Señor Jesucristo envió un mensaje ardiente a una iglesia que había perdido su sensibilidad. A la iglesia de Éfeso dijo con firmeza: **“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor” (Apocalipsis 2:4).**

Dejar el primer amor es dejar de amar al Señor y Salvador. Y esa falta de amor al Señor lleva a una completa frialdad hacia todas las cosas que pertenecen al reino de los cielos.

Hoy tenemos un cristianismo que es un témpano de hielo ante las necesidades de las personas que le rodean; un cristianismo flojo para la oración; frío para el amor fraternal; indiferente ante la irreverencia; apático en la fidelidad; flemático ante el pecado.

¿Habremos dejado nuestro primer amor? ¿Estamos en proceso de dejarlo? ¿Cuáles son algunas características de una iglesia que ha dejado su primer amor?

Aquella que ha dejado enfriar su amor los unos por los otros. Aquella que ha dejado entrar en su seno las disputas y los malos entendidos. Que ha olvidado el nuevo mandamiento de nuestro Señor Jesucristo **“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35).**

Y nosotros ¿No habremos dejado de lado este mandamiento divino? ¿No nos habremos convertido ya en cristianos tipo iceberg y hemos enfriado nuestra relación como hermanos en Cristo? La Biblia dice que cuando los primeros cristianos fueron llenos del Espíritu Santo **“... se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hechos 2:3).** ¿No será que estamos necesitando con urgencia ese fuego del Espíritu Santo para que nuestra iglesia arda en amor fraternal?



Tenemos muchos hermanos en Cristo con grandes necesidades, sin embargo, nos portamos como el sacerdote o el levita de la parábola dicha por nuestro Maestro, que ven la necesidad pero pasan de largo. Es apremiante que el Señor nos invista del espíritu de aquel buen samaritano que se detiene y sirve al menesteroso.

La Biblia dice: **“Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18)**. Es decir, que nuestro amor no sea solo de dientes para afuera, sino con hechos, con actos que reflejen el amor fraternal, con eventos que de verdad beneficien a los hermanos necesitados.

Santiago habla fuerte en cuanto a esto: **“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:15-17)**.

¿No seremos nosotros unos “walking dead” que caminan pero su fe está muerta por la ausencia de buenas obras?

El pretexto favorito de muchos es: “No tengo”. Pero Dios le dice: **“... de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8)**.

Amados, no esperemos a tener sobrante, de lo mismo que hemos recibido del Señor, de eso mismo compartamos.

Hermanos, ante las necesidades de los demás, ¿Serviremos? O ¿Seguiremos siendo indiferentes? Recordemos: “El que no sirve, no sirve”; y “El que no vive para servir, no sirve para vivir”.

Pero también una iglesia que ha dejado su primer amor es aquella que ha dejado entrar a la frialdad en su corazón. Cuando sus miembros dejan de orar, descuidan la lectura de la Palabra de Dios, dejan de asistir a los cultos y se alejan cada día más del calor espiritual de la iglesia.

Cuando Napoleón invadió Rusia en el siglo XIX, en 1812, sus ejércitos llegaron a Moscú pero se encontraron con la sorpresa de que toda la gente había huido y se habían llevado sus pertenencias y lo que no pudieron llevar lo quemaron. Desilusionados, los franceses hicieron su retirada hacia su país, pero durante el duro invierno ruso, con temperaturas de hasta cincuenta grados centígrados bajo cero.

Mientras marchaban cientos de kilómetros con pocas provisiones, miles de soldados murieron de frío. Al llegar la noche reunían cualquier leña que encontraban y hacían fogatas para sobrevivir las frías veladas invernales. Los oficiales hacían sentar a los soldados en círculos alrededor de la fogata. Al amanecer, muchos de los que estaban en las partes más alejadas, se habían congelado hasta morir. No habían estado lo suficientemente cerca del calor como para sobrevivir el tremendo frío de la noche.



¿No estaremos en riesgo de un congelamiento espiritual? El Señor sabe cuándo hemos dejado de amarle, cuándo hemos dejado el fuego, el interés, el entusiasmo por las cosas suyas.



**MONUMENTO AL
PROFETA ELÍAS EN
ISRAEL**

Hoy necesitamos con premura que el Señor nos invista del celo de Elías quien le dijo a Dios dos veces: “... **He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas...**” (1 Reyes 19:14).

Elías sentía celo por Jehová y menciona las tres razones: (1) Por la infidelidad de Israel; (2) por derribar los altares del Señor y (3) Por haber asesinado a los profetas de Dios.

Hoy necesitamos con urgencia ese espíritu de Elías. Vemos que los hermanos dejan de asistir, pero no hacemos nada. O vemos que están en pecado y nos encogemos de hombros. Hay muchos que piensan que buscarlos, amonestarlos, exhortarlos, animarlos, etc., es trabajo exclusivo del pastor; pero eso no es verdad, se trata de una responsabilidad que nos concierne a todos.

¡Oh! Si Dios nos diera un vivo celo por las cosas santas; celo por su Obra; celo por su iglesia, la cual ÉL ganó con su sangre. Si tuviéramos ese celo no permitiríamos a nuestros jóvenes jugar con su celular a la hora de la adoración; tampoco dejaríamos a nuestras señoritas usar minivestidos; tampoco admitiríamos que los hermanos se durmieran durante la predicación, bien pronto les picaríamos las costillas para que se despertaran.

Sí. Celo por las cosas que pertenecen a nuestro Señor. Pero, lamentablemente la insensibilidad nos gana.

Hoy necesitamos ser sumamente susceptibles como Nehemías cuando escuchó la noticia que los judíos que habían quedado en Jerusalén después de la deportación a Babilonia, estaban en gran afrenta y mucho mal. La Biblia dice que al oír aquello Nehemías se sentó y lloró; e hizo duelo por algunos días; y ayunó y oró.

Hoy nos hace falta gente que se estremezca cuando las cosas no marchan bien; gente que tiemble al escuchar la Palabra de Dios; gente que ore y ayune cuando se necesita hacerlo. ¿Dónde están en nuestra congregación los Nehemías, los Elías, los Esdras?



Cuando yo iniciaba mi ministerio como pastor en 1976 servía a una pequeña congregación formada en su mayoría por mujeres. Dentro de la membresía había tres hermanas que cuando oraban en el culto tomaban bastante tiempo. Los jóvenes de la iglesia, en son de broma, decían que con que oraran esas tres hermanas se acababa el culto de oración.

Pero hoy les digo: ¿Dónde están hermanas como ellas de mucha oración? ¿Dónde están hermanas como ellas que se levantaban muy temprano y de inmediato se ponían a orar? ¡Cómo nos hacen falta el día de hoy esas largas y fieles oraciones!

¿En dónde están nuestros principios y valores cristianos? ¿Hacen mella en nuestro interior las circunstancias? ¿Permaneceremos estáticos conformándonos con sólo cumplir con nuestro quehacer cotidiano? Hoy hagamos un alto en nuestro camino. Pidámosle a Dios que nos haga parte de un nuevo proceso, mismo que nos lleve a sus pies, que nos lleve a representarlo y reflejar su gloria, su amor, su luz en donde estemos y con quien estemos. ¡Seamos instrumentos de justicia en sus manos!

Que el Señor encamine nuestro corazón para no permanecer insensibles en medio de la adversidad, sino que hagamos lo que tenemos que hacer. ¡Así sea! ¡Amén!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“CAMBIO DE VESTIDURA”

La Biblia nos cuenta de Joaquín rey de Judá, quien fue llevado cautivo a Babilonia por Nabucodonosor. Cuando cumplió casi treinta y ocho años de estar prisionero, Evil-merodac, ascendió al trono babilónico y liberó a Joaquín, y dice 2 Reyes 25:29 que le cambió los vestidos de prisionero, y le hizo vestir ropas reales y puso su trono más alto que los tronos de los reyes que estaban con él en Babilonia.

Así, Dios quiere quitarnos las ropas de inmundicia, y vestirnos con las vestiduras blancas. El Señor quiere que cambiemos las vestiduras de rencor y odio, por la vestidura de amor. Que cambiemos la vieja vestidura de la indiferencia por la nueva vestidura de la pasión por las almas perdidas. La vestidura del pecado por los vestidos blancos de santidad.

***“Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”
(Santiago 2:26)***